





**S**UMIDOS en sueño profundísimo estaban los vientos, y hasta las más altas hojas de los árboles permanecían enteramente inmóviles; pero el cielo se iba encapotando, y todo anunciaba una próxima y violenta tempestad. En la fragosa selva de Broceliande, y junto á

un roble tan viejo, tan hueco y tan enorme que parecía una torre en ruínas, estaba, á los piés de Merlín el mago, la astuta Bibiana.

\*  
\* \*

¿Cómo se encontraban allí? Fuerza es, para explicarlo, tomar las cosas de un poco atrás. Un renombrado ministril de Caerleón, un ministril errante, sobrecogido un día por furiosa tempestad, tuvo que buscar asilo en el castillo de Tintagil, donde el rey de Corn, el malvado Mark, obsequiaba á la sazón á sus hechuras con un gran banquete, y como se le pidieran noticias de Arturo y de sus caballeros, cuyo desdén sufría Mark con mal comprimida rabia, se deshizo en alabanzas de todos ellos, y principalmente de Lanzarote, con no poco disgusto del anfitrión, que de muy buen grado le hubiese arrancado la lengua. Según el cándido ministril, de tal modo extremaba Lanzarote el cumplimiento del voto que de ser casto hiciera cuando el rey le armó caballero, que en lugar de querer á una doncella con quien andando el tiempo hubiera podido casarse, había fijado su corazón en la reina, y á ella sola adoraba, y por ella quebraba lanzas en los torneos, siendo el amor que los unía en todo semejante al que se tienen en el alto cielo los ángeles del Señor, que ni se casan, ni están sujetos á las debilidades de la carne.

\*  
\* \*

Quando el músico hubo cesado de hablar, Bibiana, que estaba sentada á la mesa junto á Mark, le dijo con su acento más dulce: — ¿Y podéis decirme, señor músico, si en la mansión de Arturo y en su corte siguen el buen ejemplo de Lanzarote del Lago?

\*  
\* \*

— Algunos, aunque pocos, le siguen — repuso cándidamente el juglar; — algunos mancebos que creen que un caballero doncel, para ser perfecto, no debe amar á una doncella, sino adorar á una mujer casada, á una leal esposa, sin esperanza alguna de ganarla, y solamente por el placer que todo corazón honrado debe tener en rendir culto á la virtud. En imitar á Lanzarote y á la reina cifran su orgullo estos generosos mancebos, cuyo extremado amor á la pureza y á la castidad les hace rebasar el límite de sus votos, pues estos no les imponen el celibato. ¡Dios guíe sus juveniles corazones, dechado de pureza y de valentía!

\*  
\* \*

Al oír estas palabras, el malvado Mark estuvo á punto de arrojar su copa á la cabeza del ministril; pero, aunque á duras penas, se reprimió, levantóse para salir del estra-

do, y como Bibiana le siguiera, se volvió á ella y le dijo: — No es la córte de Arturo como la pinta ese charlatán. No faltan allí culebras ocultas entre la yerba, y creo ¡oh Bibiana! que si no tienes miedo de aquellos frailescos varones, si no te impone la máscara de pureza que lleva aquella hipócrita córte, puedes fácilmente hostigarlas hasta hacerlas morder.

\*  
\* \*

Y respondió Bibiana, sonriendo desdeñosamente: — ¿Miedo? ¿Porqué tendría miedo? ¿Acaso por que criada, no en la córte de Arturo sino en *la tuya*, me has comunicado el perfume de tus virtudes? ¿Yo temerles? No por cierto. Así como el amor, si es perfecto, se despoja de todo temor, del mismo modo el odio, si es verdadero, desconoce el temor. Mi padre murió peleando contra el rey, y sobre su helado cadáver murió de dolor mi madre en el campo de batalla; allí la infeliz, presa de horrible congoja, me dió á luz en medio de las ansias de la muerte. De modo que de la muerte y entre los muertos nací, y desde mi nacimiento fuí juguete de los vientos de la desgracia, que por fin me trajeron á tu poder. ¡Qué temprano se me mostró la verdad, lo único real y verdadero, el ceno en que la humanidad se revuelca desde su infancia! ¡Qué temprano se me hizo ver el fangoso fondo del pozo, donde la verdad está oculta! ¡Lindas lecciones las tuyas! ¡Preciosas máximas, sacadas del fango, y que

hieden como un estercolero! — «¿Qué Arturo es casto?» — dices tú. — «¿Qué Arturo es casto, inmaculado, perfecto? La naturaleza le desmiente, por medio de la carne que ella misma ha creado. No existe ningún sér puro, querubín mío. ¿No dice lo mismo la Escritura?» — Si yo fuese Arturo, no te dejaría la cabeza sobre los hombros. — Pero; ¡oh rey sin tacha! dame tu bendición, pues parto ahora mismo. Y cuando haya huroneado en sus madrigueras, he de traerte en la mano los corazones de la órden toda de la Tabla Redonda. ¿Quién sabe? Tal vez, si contra él se juntan los hados, y mi maña, y su locura, he de traerte también un bucle de oro de la barba del rey. A mí estas puas grises de la tuya me gustan más. Mas no es extraño, pues tú fuiste mi primer amor, y tu amor debe estragar el gusto y torcer el entendimiento.

\*  
\* \*

Con una estrepitosa carcajada contestó el malvado Mark á estas razones de su concubina. Y ella partió en seguida, y entrando furtivamente en Camelot, se hospedó en el más modesto barrio de la ciudad; luégo, un día de fiesta, sabiendo que la reina iba de caza, la esperó en el vestíbulo del palacio, y en cuanto la vió aparecer se arrojó al suelo, y se arrodilló á sus piés, sollozando.

\*  
\* \*

—¿Por qué te arrodillas ahí? ¿Qué mal has hecho? —dijo Ginebra. — Levántate. — Y en cuanto oyó el mandato de la reina, la joven se levantó, y permaneció en pié, con las manos juntas y los ojos bajos, pero mirando de soslayo. Y sin moverse ni alzar los ojos, dijo humildemente: — Ningún mal he hecho, señora; á nadie he ofendido. En cambio yo, infeliz doncella, pobre huérfana sin amparo, cuánto he tenido que sufrir! Mi padre murió peleando por el rey tu esposo, y sobre su ensangrentado cadáver murió de dolor mi madre en el campo de batalla, en el triste desierto del Leonesado, que sin cesar azotan las olas bramadoras. De ese modo — ¡ay infeliz de mí! — quedé sola y sin un amigo en el mundo. Y ahora el rey de Corn, el detestado Mark, á quien por desgracia ha agradado mi poca hermosura — si es que alguna tengo, — me persigue, y por eso he huído á tu corte; por eso vengo á implorar tu protección. ¡Sálvame, sálvame tú, dechado de mujeres! ¡Oh tú que tienes el cetro del poder y de la belleza, no me niegues el bálsamo de la misericordia! ¡Ampárame, que el villano me persigue; ampárame, ángel blanco y puro que el cielo ha enviado para alegrar la tierra, esposa inmaculada de inmaculado rey! ¡Ampárame! ¡Tómame á tu servicio! ¡Defiende mi inocencia, dándome asilo entre tus doncellas!

\* \* \*

Aquí sus dulces ojos, trémulos de temor pero llenos de

humilde esperanza, se alzaron lentamente y se fijaron en la reina, y esta, que con su traje verde y oro y sus plumas verdes brillaba como el sol de Mayo sobre las hojas, replicó: — ¡Silencio, niña! Entre la alabanza exagerada y el exagerado vituperio, preferimos lo último. A quien en manera alguna puedes alabar demasiado es á nuestro noble Arturo; él lo sabrá todo, y decidirá lo que se ha de hacer. En verdad, no hay maldad alguna que en Mark nos parezca increíble. Sabémosle capaz de todo; pero en fin, ya hablaremos más despacio, pues ahora vamos de caza con Sir Lanzarote. Nos ha dado un hermoso halcón que él mismo ha adiestrado, y vamos á probarlo. Espera aquí entre tanto.

\* \* \*

Dichas estas palabras, se fué; y Bibiana murmuró: — ¡Anda! Aquí te espero. — Luégo, mirando oblicuamente por el ancho arco que daba ingreso al vestibulo y murmurando entrecortadamente como uno que es presa de atormentadora pesadilla, vió á la reina y á Lanzarote montar á caballo.

\* \* \*

—¿Es ese el renombrado Lanzarote? Hermoso es, sin duda, pero demasiado flaco. Muy cortés en cambio. Tan cortés que se le puede perdonar su flacura. — Se acerca

aun más á ella, toma su mano..... ¡Cómo se miran! Parece que quieren besarse con los ojos. ¿Y quién duda que si no estuviesen en la calle se besarían? — ¡Cuánto tiempo la mano de la hermosa reina permanece en la del noble caballero! — ¡La retira por fin! — ¡Se ván! Se ván; parten á escape, con halcones sin par y con experimentados cetreros, á cazar aves acuáticas en los pantanos. Más régia es la pieza que yo persigo. — Ha bastado espiar una mirada suya para comprender cuán sensual es el lazo que los une, cuán sensual es la union de sus corazones que aquel grillo cano que con sus chirridos vino á atormentarnos en nuestra casa llamaba union espiritual, exenta de toda imperfección, libre de las debilidades de la carne. Una mirada me ha bastado para comprenderlo todo. Aplicad la llama al lino y lo veréis arder enseguida. — ¡Embusteros! A otros podrán engañar, mas no á Bibiana. — ¡Ah! humilde ratita que de noche roes el fuerte malecón para hacer tu agujero, y abres paso á las impetuosas aguas que van á anegar remotas ciudades, sorprendiéndolas en sus regocijos, en sus danzas, ó tal vez soñando dulcemente! En tí no soñaron, humilde ratita, ni sueñan en mí éstos, sino el uno en el otro. ¡Corred, corred y soñad el sueño de felicidad que yo jamás he soñado! ¡Corred, corred y soñad hasta que yo os despierte! Entónces diré adiós para siempre á esta ruín y encogida corte, y á este lerdo y ridículo rey. — Segura estoy de que Lanzarote será benévolo con la ratita; y en cuanto á la reina, si sabe que conozco su secreto, me odiará con todo su

corazón, me tendrá aversión y temor, mas por eso mismo me colmará de distinciones y de honores.

\*  
\* \*  
\*

Entretanto la reina y Lanzarote cabalgaban juntos por la llanura, departiendo sobre el arte de la cetrería; hablando del modo de adiestrar los halcones, del alimento que les conviene, de la manera de taparles los ojos, de los grillos, de la pihuela y del señuelo. — No haya cuidado de que pierda el tiempo persiguiendo á ninguna marica, — decía Lanzarote hablando de su halcón. — Es demasiado noble para eso. Y tan poco le dá por tunear: jamás cometerá acción alguna baja ó fea, indigna de un pájaro bien educado. — Entónces la reina, que sin duda estaba pensando en otra cosa, preguntó: — ¿Conocéis á la jóven forastera que ha venido implorando mi protección? — No nos ocupemos de ella, — dijo el caballero; y quitándole el capirote, dejó libre al hermoso halcón, que se remontó velozmente, haciendo sonar sus cascabelles. Siguiéronle con la vista la dama y el caballero, maravillándose de la fuerza, de la intrepidez y de la régia majestad del pájaro, que bien pronto se lanzó sobre su presa, asíola con las garras y la mató. Muchas veces cabalgaron de este modo la reina y Lanzarote por los floridos campos que se extienden en torno de la ciudad real, recordando sin duda aquella hermosa primavera en que se

conocieron , cuando él , como enviado de Arturo , fué á buscarla á la córte de su padre Leodográn , y la condujo , á través de hermosos campos que , como para festejarla , ostentaban sus mejores galas , á la rica y populosa ciudad de Camelot , donde debía desposarse con el rey .

\*  
\* \*

Entretanto Bibiana , en quién ya apenas pensaba la reina , seguía morando en el alcázar , observándolo todo y divulgando lo que podía dar pábulo á la maledicencia . Sentábase á bordar con las doncellas de la reina , pero más que al bordado atendía á espiarlas , escucharlas y cuchichear con ellas ; á manera de reptil ponzoñoso se arrastraba sin ruido por la sosegada corte , contra cuyo sosiego conspiraba . De ese modo , así como Arturo , que entonces estaba en el pináculo de su gloria , desde su eminente puesto dirigía el mundo con su saludable ejemplo , así Bibiana , desde su puesto , que era el más bajo de todos , sembraba en torno suyo la corrupción ; Bibiana , á cuya llegada la córte gozaba del más dulce reposo , esparció , acrecentándolo , todo lo malo que llegó á sus oídos , y de oído en oído llevó las más malignas insinuaciones , de modo que mientras los paganos permanecían sujetos á Arturo , y no había empresas caballerescas y sí solamente torneos y diversiones , ella fué lentamente infiltrando la corrupción en la casa y en la córte de Arturo y aunque veían su obra de perdición , nadie la molestaba .

\*  
\* \*

Luégo , cuando hubo logrado su objeto , como el enemigo que después de emponzoñar las aguas bebedizas , huye seguro de su venganza , la artera Bibiana desapareció de la córte de Arturo .

\*  
\* \*

Odiaba Bibiana á todos los caballeros , y pareciale oír los abundantes é intencionados comentarios que hacían cada vez que alguien pronunciaba su nombre , pues un día que Arturo , irritado por un rumor que ella había esparcido y que dejaba malparada la tan decantada pureza de sus caballeros , estaba paseándose solo , se encontró con él , y como la saludase galantemente llamándole hermosa , ella quiso sacar partido de la ocasión que le pareció propicia , y cual si apenas osára alzar los reverentes ojos , con trémula voz y bien simulada turbación , como á pesar suyo le mostró su respeto , su adoración , su amor incontrastable , añadiendo alguna dulce é intencionada insinuación sobre alguien que le estimaba mil veces más que quien debía estimarle en el más alto grado ; pero el rey la miró de hito en hito , entre severo y asombrado , y se marchó sin decir una palabra . Y hubo alguien que sin ser visto presenció todo lo ocurrido , y no supo contener la lengua , de modo que la cosa fué el hazme reír de todos aquella tarde . Y desde entonces , siempre que se hablaba de ella ha-